

## LA EDUCACION COMO PROCESO FORMATIVO DE LA CONDUCTA

### I. CONSIDERACIONES GENERALES

El hombre pertenece originariamente al mundo de la naturaleza. Como ser natural, es la resultante de la acción conjunta de factores hereditarios, genético-constitucionales, *endógenos* y factores *exógenos* — el medio físico —.

Estos últimos actúan sobre aquéllos como estimuladores o como inhibidores, dando lugar —según sea el grado de influencia— a una distinta estructuración del individuo. Sin embargo, el hombre no constituye un elemento estático, no es resultante ciega de la incidencia ambiental en su constitución biológica; su categoría de ser *racional*, esencialmente dinámico, dotado de *inteligencia* y *espíritu*, le coloca en el plano superior de esa estructura. Por esta condición, no integra el mundo natural que le circunda como simple *individualidad* —estado puramente material de su existencia, donde priva la instintividad— sino que, a su vez, escruta e indaga las causas de los fenómenos naturales tratando de descubrir sus leyes y pretendiendo someter a su poder al mundo físico. No conforme con escudriñar el mundo que lo rodea, le preocupa también estudiarse a sí mismo, tratando de conocer y comprender su mundo interior, tanto en lo funcional orgánico cuanto en las manifestaciones de su conducta: precisamente esto último llega a apasionarle hondamente. Ser social por naturaleza, la culminación de esos estudios lo sitúa, definitivamente ya, en el plano de superación de la edad contemporánea. No otra cosa signifi-

ca elaborar principios y dictar normas que rigen la vida en sociedad —circunscribirse y limitarse— llegando a constituir una verdadera fuerza creadora capaz de modificar el curso natural de los acontecimientos.

Aquí surgen los valores, denominador común en el mundo de la *cultura*, creación humana por excelencia.

El hombre crea los valores, los organiza y se rige por ellos. Por eso al estudiarlo en su desarrollo y evolución, el hombre no puede ser considerado como simple *individualidad* —expresión puramente natural— ni como mera abstracción —de índole subjetiva— sino como *unidad estructural* que actúa inspirada y regida por valores.

El mundo de la cultura suma así su potencia constructiva a la del mundo natural, actividad que se traduce, como fin inmediato, en cambios y formas que repercuten inevitablemente sobre el hombre.

Se da origen de este modo a una verdadera *superestructura* —ambiente y escena— donde se va a plasmar la personalidad del hombre y su propio destino.

La personalidad surge así como culminación de un proceso *formativo*, en que el conjunto de fuerzas —*psicofísicas* y *supraestructurales*— conforman la unidad espiritual del hombre situándolo en el mundo de los valores, al otorgarle condición y jerarquía de ser libre y responsable, capaz de existir y obrar con conciencia de sí mismo y de apreciar su conducta. Recién entonces el hombre está en condiciones de realizar plenamente su vida y cumplir una función en la compleja unidad social. Adquiere, por así decirlo, *personalidad social*.

Sin embargo, no basta analizar y comprender el proceso elaborativo de la personalidad, ni interpretar correctamente los factores que inciden en la estructuración de la conducta. Es necesario, además, procurar al hombre una adecuada utilización de sus energías y aptitudes, que al mejorar su individualidad, le permitan alcanzar como persona que integra un conjunto orgánico vital —la sociedad— el máximo grado de superación y perfeccionamiento posibles.

Esa meta que persigue es el campo propio de las ciencias sociales y su estudio exige, para su efectividad y eficacia, una técnica adecuada que comprenda tanto los procesos internos del hombre, como los externos. Por eso la personalidad debe ser considerada como un *todo*, con aspectos distintos pero siempre integrativos de una *unidad, unidad* que no puede ser interpretada en abstracto, sino en relación con los factores fundamentales de su estructuración, es decir, como un producto de la interacción constante entre herencia y medio, considerado éste en sentido amplio, comprensivo de los aspectos bio-físico-social. De ahí la necesidad de hacer referencia —siquiera en forma somera— a estos dos factores —herencia y medio— como determinativos de la acción y su influencia sobre la conducta.

## II. LA HERENCIA COMO FACTOR CONDUCTUAL

Antes de estudiar el complejo organismo social, es menester conocer la base, *unidad primaria* de la sociedad: la individualidad del hombre, considerado en su aspecto puramente somático, base esencial de su conducta.

Los organismos animales evolucionados tienen una constitución anatómica similar, pero el hombre posee características y atributos que permiten considerarlo el más completo de los seres. En efecto, posee estructuras fundamentales que le brindan el privilegio de integrar la sociedad como elemento dinámico y constructivo, erigiéndose en verdadero artífice y forjador de la civilización. Esos elementos distintivos fundamentales se transmiten de generación en generación, casi invariablemente, constituyendo el acervo hereditario del hombre (1). A esos elementos correspondientes a las estructuras

---

(1) Ellos son: (\*) a) su sistema nervioso complejo y estructuralmente diferenciado; b) sus manos; c) su posición vertical; d) su lenguaje en la palabra.

(\*) BERNARD, L., *Psicología social*, Méjico, Fondo de Cultura Económica, 1946, pág. 185.

antes enumeradas, debe agregarse una facultad de grado superior que es la *inteligencia* y una fuerza de superlativa jerarquía, que es el *espíritu*. Todos los elementos en función de estos dos últimos, dan al hombre la capacidad para sobresalir sobre el resto de las especies y, también, distinguirse sobre sus semejantes.

Merece especial mención en la distinción que queremos señalar, la *organización superior* del cerebro humano, que constituye el órgano indispensable para el ejercicio del pensamiento.

El cerebro comprende la parte más elevada, más diferenciada y más compleja del conjunto nervioso contenido en la caja craneana: el *encéfalo*. A medida que se asciende en las especies de la escala zoológica, el cerebro asume función dominante —cada vez más marcada— con respecto a las demás funciones del organismo.

En el hombre, adquiere desarrollo más completo y diferenciado. Si estudiamos detenidamente ese complicado órgano, hallamos áreas de diversos grados de evolución:

a) Una zona originaria, que comprende las partes primeramente desarrolladas, constituyendo la base cerebral, que por ser la más antigua, se llama “paleo cerebro”, es allí donde asienta la paleopsiquis. Contiene los centros esenciales para el

---

La *posición vertical* coloca a la cabeza como parte dominante del cuerpo, al permitirle un completo y amplio control sobre el mismo.

Las *manos*, libres de la función locomotriz, se adaptan para una especialización orgánica: el sentido táctil que, perfectamente diferenciado y localizado principalmente en los dedos y palma de las manos, permite una mejor utilización de la energía corporal, gracias a la estrecha y directa conexión que se establece entre estímulo y reacción.

El *lenguaje en la palabra*, permite al hombre una superación magnífica en materia de comunicación con el mundo exterior; los símbolos verbales suplen con gran eficiencia a las simples expresiones faciales y ademanes, cuya reducida expresividad exige, sin embargo, desgaste energético. Con menor esfuerzo que éstos, el lenguaje verbal sirve para comunicar el contenido intelectual, que al ser transferido a las manos, es escrito y puede proyectarse de este modo en el tiempo y en el espacio, con gran provecho para la civilización. No obstante, insistimos, por nuestra parte, en que la facultad del raciocinio y la jerarquía del espíritu, dan al hombre las notas características esenciales.

mantenimiento de la vida (2). Aparece como zona primaria en el cerebro de todas las especies de la escala zoológica.

b) En el hombre, se encuentran nuevas áreas que presiden el desarrollo y la armonía de las funciones más específicamente humanas (psicobiológicas). Esta zona nueva, constituye el “*neopalium*” o “*neo cerebro*” o “*neo psiquis*” (3).

Esto no significa que hayan desaparecido los mecanismos primarios de la especie; lejos de ello, subsisten y reaparecen actuando en ausencia o por debilitamiento de las funciones que hemos denominado específicas. Es así como existe en el hombre “una conciencia animal, subjetiva, que invariablemente subyace y lo pone en contacto con el mundo interior, “y otra, objetiva, intelectual, social, moral, que se superpone “a aquella y la pone en relación con el mundo circundante. La “primera es una oscura conciencia biológica, talámica, viscer-“ral” (4).

En cambio, la segunda implica la existencia de un proceso evolutivo, en que las estructuras de niveles más inferiores son dominadas por formaciones nerviosas cada vez más recientes (orales) (5).

Adquieren así gran desarrollo las áreas frontales, que constituyen la zona de la mente que orienta y dirige, *crea* y jerarquiza, inhibe y estimula, ordena el pensamiento lógico, así como la coordinada sucesión de los actos y movimientos, y es la sede de la espontaneidad y del *impulso volitivo intencional* (6).

Prueba de ello es que, en los niños de corteza poco desarrollada y en los que padecen enfermedades que afectan a ésta — dice el Profesor Rubino— se dan respuestas emocionales explo-

---

(2) LHERMITTE, Jean, *Los mecanismos del cerebro*, Buenos Aires, Losada, 1940, pág. 21.

(3) RUBINO, Oscar B., *Fundamento orgánico de la personalidad*, conferencia patrocinada por el Instituto de Derecho Procesal, Rosario, 1952 y LHERMITTE, *op. cit.*

(4) RUBINO, *op. cit.*

(5) LHERMITTE, *op. cit.*, pág. 28.

(6) RUBINO, *op. cit.*

sivas; pero a medida que el desarrollo cortical avanza o se recupera, se inhiben estas formas inadecuadas (7).

Esta constante superación del funcionamiento cerebral es lo que constituye y se conoce como proceso de “cerebralización” o “telenfalización” progresiva.

La *telenfalización* —explica von Ecónomo (8)— constituye una ley *filogenética* que a medida que avanza en la serie animal, contribuye al perfeccionamiento de los actos instintivos. En cambio, las manifestaciones intelectuales dependen menos de esta regulación automática; por consiguiente quedan más a merced de la propia iniciativa.

Paralelamente a esto se opera el traspaso de las funciones de los centros filogenéticos más antiguos a la corteza más nueva, que es el *neo-encéfalo* o *neo-cortex*. Por eso la función motriz, por ejemplo, —que es primaria y antigua— está completamente telenfalizada en el hombre; no así en los animales. En cambio, en el campo de la voluntad y de la vida afectiva —que corresponde a estratos superiores y, por tanto, más nuevos— el proceso de telenfalización es parcial. Sin embargo, en el curso de la vida, se refuerza y se supera mediante el *ejercicio* constante y la *educación*, aunque no llegue a la perfección que alcanza, por ejemplo, la motilidad (9).

Mediante el ejercicio y la educación, el cerebro adquiere mecanismos corticales que le permiten alcanzar la *interpretación conceptual* de los símbolos que utiliza en su vida de relación. La organización interna de su corteza cerebral se acomoda de tal manera a las presiones del medio —especialmente del psicosocial— que puede afirmarse que es el tamiz donde se ciernen los elementos proporcionados por el medio, los cuales una vez aceptados por el control cortical, van a estructurar la conducta del hombre, tanto en su aspecto individual como social. Sin embargo, esos elementos “tamizados” ya en la

---

(7) *Ibidem.*

(8) VON ECÓNOMO, cit. por Rubino, *op. cit.*

(9) *Idem.*

corteza, van formando un contenido simbólico que incide, a su vez, sobre ella de tal manera que si bien su estructura permanece inalterada, se modifica en cambio su *funcionamiento*, que en gran parte, termina por asimilar los elementos del medio psicosocial. Por eso la conducta no es una manifestación pura y simple de determinado tipo de estímulo, sino “el producto de una conjunción de las presiones del medio y de los dispositivos del organismo” (10).

De ahí que el comportamiento del hombre en sociedad, ofrezca una gama tan rica en variedad. Es que ambos factores evolutivos —herencia y medio— actúan de consuno en la formación de la personalidad. Por eso, solo puede hablarse en líneas generales de los factores heredados, pues aún dentro de las estructuras *orgánicas* generales, hay tipos con diferencias marcadas. En general puede decirse que “se heredan los caracteres anatómicos y fisiológicos, es decir, las *estructuras biológicas fundamentales*, que son relativamente fijas” (11).

Se heredan los caracteres *somáticos*; no así los psíquicos, mentales, morales y sociales, que son productos más complejos.

Tal así, los mismos procesos de la corteza, escapan al rigorismo de la herencia. De este modo, la inteligencia —que es “el funcionamiento evaluativo de la corteza cerebral”— (12), antes considerada, sin réplica, factor hereditario, está hoy en el campo de las discusiones: ¿se hereda la inteligencia o es una habilidad adquirida?

Aunque es muy difícil establecer con precisión su carácter, nos parece que la inteligencia, como condición orgánica, esto es, como *capacidad abstracta*, como *factor potencial de adaptación*, es heredada; pero como *factor efectivo funcional, concreto, actual*, en la determinación de la conducta, es adquirida.

Así se explica que la conducta primaria, instintiva del hombre sea de simple adaptación al medio; su conducta pos-

---

(10) BERNARD, L., *op. cit.*, pág. 31, ver págs. 186/99.

(11) *Ibid.*, pág. 201/2.

(12) *Ib.*, pág. 187.

terior —*inteligente, consciente, evolucionada*— se desenvuelve teniendo en su punto de partida y en el desarrollo de su actividad un grado mayor o menor de previsión: ensaya planes y realiza proyectos. Estos proyectos son llevados a cabo conforme a una elaboración mental previa respondiendo primariamente a la satisfacción de las necesidades ordinarias, para transformarse progresivamente en necesidades y aspiraciones de orden superior, a medida que aumentan, en idéntico grado, las posibilidades de satisfacerlas: estas mismas, ulteriormente, llegan a convertirse en necesidades colectivas. Es entonces cuando se realizan con ayuda de la *ciencia* —en constante evolución— y se transforman en instituciones.

Quiere decir, pues, que esa facultad heredada —tan flexible y elástica en su funcionamiento— se modifica y perfecciona en su interacción con el medio.

¿Y cómo se opera esa conjunción de fuerzas? ¿Cuál es el comportamiento del hombre —con su potencial heredado— frente al medio?. Veamos.

### III. EL MEDIO

Ante todo, ¿qué es el medio? En sentido amplio, comprende el conjunto de causas *exteriores* —físicas, sociales, morales e intelectuales— que pueden ejercer su acción sobre los seres organizados (13).

Su marcada variedad permite estudiar al medio desde muchos puntos de vista.

A grandes rasgos, se puede hacer la siguiente clasificación:

a) *medios naturales*, que existen por sí mismos, en forma *originaria*, como producto simple de las fuerzas de la naturaleza —tales los agentes físicos, mecánicos, cósmicos, energéticos, climáticos, etc.—

b) *medios culturales*. Son derivados. Resultan de la ac-

---

(13) TOPINARD, *Historia Natural*, Barcelona, 1920, t. I, pág. 247.



ción humana sobre el medio natural y podrían dividirse a su vez en:

- 1) medios de *realización* (máquinas, herramientas, trabajo, etc.).
- 2) medios de *dirección y control*, que son aquellos que el hombre crea para dirigir y orientar su propia conducta; tales: las instituciones, la educación, la moral, etc.

Los medios naturales son los primeros que actúan sobre el hombre, influyendo en su propia estructuración orgánica, directa o indirectamente. La primera época de su vida y aún la etapa prenatal, sufren su influencia en forma más marcada. Sin embargo, no se puede afirmar que su acción en esta época sea exclusiva. El medio cultural, si bien es *derivado* en el sentido de que surge como consecuencia de la acción del hombre sobre el medio natural y es, por tanto, un *efecto*, — como creación colectiva— actúa a su vez sobre el hombre, plasmando los rasgos de su carácter mental, moral y social, obrando, en consecuencia, como *causa* en la estructuración de su conducta. Se integran pues, ambos procesos: “El *medio natural* actúa sobre la conducta como *base inicial*; el *cultural* la forma y dá contenido específico, y determina su desarrollo *diferencial*, tanto en el individuo como en la especie humana” (14).

Se destaca así la importancia que el medio cultural —especialmente en sus formas de dirección y control— ejerce en la estructuración de la conducta.

La influencia del medio social o cultural puede producirse de tres maneras:

- a) mediante *reacción* producida por *choque* con el medio;
- b) mediante reacción *no intencionada* o relativamente inconsciente a base de un mecanismo interno-neuropsíquico;
- c) por reacción *consciente* o *intencionada*, también a ba-

---

(14) BERNARD, *op. cit.*, pág. 92, ver pág. 86.

se de un mecanismo neuropsíquico que implica elección o decisión (15).

De estos tres modos, el tercero es el mas elevado e interesante, el mas eficaz y susceptible de aplicación por los sistemas de control social.

En cualquiera de ellos, la presión del medio opera mediante el mecanismo de *estímulo y respuesta*.

Estos mecanismos pueden ser heredados o adquiridos. Estos últimos permiten una adaptación rápida y diferenciada del organismo a un medio que cambia radical y rápidamente, sin que se modifique la forma ni la estructura del organismo.

Los mecanismos de adaptación pueden producirse: a) por una integración gradual y progresiva de formas adquiridas, como ocurre en el hábito; o bien, b) mediante el análisis y valoración progresiva de la conducta en situaciones de adaptación, desde los procesos simplemente sensoriales y afectivos hasta los métodos intelectuales de valoración de esa conducta (16).

El *hábito*, sin alcanzar siempre el automatismo, no es un aprendizaje exclusivo del hombre. Sin embargo, adquiere en él caracteres diferenciales, ya que en vez de consistir en simples adaptaciones exteriores o neuromusculares —forma propia de los seres inferiores y aún en el hombre en sus primeras manifestaciones— la adaptación se hace *interna*, modificando las estructuras nerviosas.

De este modo el hombre, en presencia de estímulos nuevos, crea la respuesta adecuada.

Este control interno sólo puede forjarse a través de un lento y constante proceso de ensayo y error. El pensamiento es la forma superior de este proceso interno de adaptación. Su poder de abstracción le permite actuar en base a *valores*; encauzar y substituir —o sublimar— los instintos y estructurar su propia conducta mediante el cultivo y ejercitación

---

(15) *Ibidem*, pág. 245.

(16) *Ibid.*, pág. 128/130.

de esos valores. De ahí la capacidad *selectiva* del hombre y la posibilidad que tiene —mediante el hábito— de estructurar su propia civilización. El hábito se forma en el hombre y éste lo aprovecha haciéndolo servir para determinados fines. Estos fines son conscientes, organizados y dirigidos. En esta tarea pueden utilizarse con eficacia algunos recursos —no por simples, despreciables— tales como la *imitación y la sugestión*, más o menos voluntarias.

En la *imitación* el hombre adopta —con frecuencia insospechada— expresiones conductuales de otras personas: imita en algo la conducta de los demás. La imitación puede ser *directa* —concreta— e *indirecta* —simbólica o abstracta—. La primera se opera respecto a las personas, en actividades o expresiones perceptibles por los sentidos. Es una imitación *exterior, objetiva*, primaria; de ahí que sea más susceptible de observarse en el niño, cuya conducta es adquirida por una suerte de mimetismo. En cambio, la imitación *indirecta es subjetiva* y actúa en base a símbolos, por eso tarda en manifestarse y es posterior su aparición; presupone cierto desarrollo y evolución mental; es por lo general, *consciente*, provocada, querida. Demanda por tanto, capacidad de abstracción, discernimiento. Correctamente encauzada, llega a constituir un valioso método de adaptación social.

En la *sugestión* concurre cierto acondicionamiento —espontáneo o provocado— de la respuesta, que predispone a obrar en determinada forma. La sugestión puede actuar sobre manifestaciones primarias del organismo —instintivas— provocando una reacción, o sobre manifestaciones superiores, *intensificando* simplemente la reacción. Este segundo tipo es más evolucionado y el más utilizado, en forma generalmente organizada: puede llegar a formar *hábitos*, que al arraigar, inciden en la conducta, modificándola. Este procedimiento puede ser utilizado con provecho en la educación. Todos estos proce-

—imitación, sugestión, hábitos, etc.— tienen su manifestación y ambiente dentro del grupo (17).

Por el solo hecho de su nacimiento, el hombre entra a formar parte de una organización social originaria: la *familia*, integrada por reducido número de personas que traban entre sí relaciones directas, sobre la base de impulsos más o menos primarios, sencillos. Cuando niño, ingresa poco a poco a otros núcleos más o menos próximos, como son los que constituyen la *escuela*, la iglesia y el mismo vecindario. En todos estos grupos primarios tiene contacto *directo* con sus semejantes y es en ellos donde comienza a moldear su personalidad. Es de todos conocida la gravitación de la familia en la formación del carácter, sobre todo en épocas pasadas, en que en el grupo familiar se desarrolla la totalidad de la actividad del hombre.

Con el tiempo se amplían de tal manera las relaciones, que muchas de las funciones de los grupos originarios se desplazan y van a integrar organizaciones más complejas y amplias (tipo derivado): se constituye el grupo social, cuya forma más evolucionada es el Estado. Es entonces que las relaciones entre las personas no son ya directas, sino indirectas y en la vida moderna se desarrollan desprendidas a tan grande distancia del grupo original que ese carácter indirecto se acentúa. Hoy las organizaciones derivadas alcanzan tal grado de perfeccionamiento, que puede decirse que rigen la vida social en sus aspectos fundamentales. Los mismos grupos primarios —que en un principio modelan casi exclusivamente la personalidad— quedan hoy bajo la influencia y el poder de los grupos derivados, especialmente de los más abstractos y permanentes como el Estado y las instituciones educativas, por ejemplo. La prensa, el cine, la radiotelefonía, la televisión etc., constituyen poderosos vínculos de acercamiento entre los pueblos; la distancia dejó de ser un obstáculo en este sentido. De ahí la facilidad con que hoy se puede intentar la estructuración

---

(17) *Ibid.*, Cap. XXVI, pág. 365/77.

de una conducta colectiva que responda a ideales comunes entre los grandes sectores de la humanidad. La influencia o gravitación que sobre la formación de la conducta ejercen los dos tipos de agrupación que encontramos —originario y derivado— no es despreciable en este sentido. Las instituciones del primer tipo —especialmente la familia— actúan *directamente* en la estructuración psíquica del niño y del joven. La imitación directa desempeña una función no menos importante en esta etapa de la vida. Las del segundo tipo —principalmente mediante las instituciones educativas— inciden en su formación intelectual, al mismo tiempo que, por ello, van modificando y ejerciendo cierto control sobre las agrupaciones originarias, lo que permite una constante superación de éstas, con el consiguiente progreso que ello implica. Como es fácil advertir, *familia* y *educación*, se complementan en su acción modeladora de la personalidad. Ambas son esencialmente necesarias, pero la acción de la educación es aún más amplia y decisiva, ya que directa o indirectamente repercute sobre la familia.

Las aspiraciones e ideales primarios, se intelectualizan y se convierten en ideales sociales, *constructivos*. Así es como el simple y natural afecto fraternal, al proyectarse a la sociedad se manifiesta en forma de sencilla hermandad, de hondo contenido afectivo, que va a traducirse en formas rudimentarias de convivencia democrática, pacifismo, confraternidad, solidaridad internacional, etc. Pero para alcanzar y afianzar la realización de esos ideales primarios es menester *organizar la sociedad* adecuadamente. Esto requiere cierto grado de *intelectualización* de esos ideales, que de este modo se convierten en ideales de tipo *activo*, trascendiendo sus límites originarios para devenir derivados, socializados. Estos ideales son *abstractos*, de ahí que su interpretación y realización demanden mayor esfuerzo y una capacitación mental y psíquica más evolucionadas. Los simples ideales originarios se configuran luego como *principios* que, organizados conforme a proyectos y planes, regirán las *instituciones formativas*, entre las cuales

la *educación* desempeña una función orientadora, sumamente delicada y compleja. Y así es como, en el proceso *formativo* de la personalidad, la acción del grupo familiar está controlada por el grupo derivado educativo, y la acción de aquélla sólo será eficaz en tanto cuanto emplee la educación como medio idóneo. Por eso la educación, como expresión social *intelectualizada*, constituye la fuerza más poderosa y eficiente de *formación* de la *personalidad* y de *estructuración* social.

#### IV. LA EDUCACION COMO PROCESO FORMATIVO

En el último párrafo hacemos referencia a dos aspectos fundamentales e inseparables de la integración y organización de la conducta, a saber: a) la formación de la personalidad y b) la estructuración social.

En el primer caso es necesario considerar al hombre en su doble aspecto: como *unidad biopsíquica* y como ser *político*. En ambos casos ha recibido la influencia del medio, pero en el segundo el hombre, ya capacitado, pasa a integrar la estructura supraindividual. Para esto último —estructuración social— es preciso referirse a la *educación* como instrumento coordinador de esas unidades: *individual* y *supraindividual*. Tan entrelazadas y confundidas están ambas, que es imposible imaginarlas separadas. Si es verdad, por una parte, que el hombre necesariamente debe adaptarse al medio para subsistir, no es menos cierto que esa disposición de adaptación debe ser *activa*, es decir, sin mengua de su *personalidad*. Si el hombre se anulara como persona, arriesgaría su evolución la propia cultura, ya que ella es, precisamente, *creación humana* y como tal se desplaza en el tiempo y en el espacio, expresando el sentimiento, el pensamiento y la dinámica de cada época, como manifestación *objetiva* del grado de evolución *subjetiva* alcanzada por el hombre. De ahí la diversidad de culturas, los altibajos y las profundas mutaciones de la civilización.

Sin embargo, si es cierto e indispensable que *hombre* y *medio* formen la base para estructurar una cultura firme y

trascendente, ello hace necesario que el hombre se proponga alcanzar el equilibrio de su propia personalidad mediante un esmerado cultivo de sus facultades y categorías innatas —*inteligencia y espíritu*—. La hipertrofia de una de éstas en detrimento de la otra traería como consecuencia inevitable o la intrascendencia, o la vigencia sólo temporaria, o la caducidad más o menos inmediata de sus concepciones, aparte de que comprometería seguramente su existencia como persona.

Por eso cuando el hombre, en su afán de modificar al medio para hacerle servir a sus designios altera la armonía de su personalidad, se opera un desequilibrio.

*Progreso material y evolución espiritual*, no son sin embargo fuerzas antitéticas ni excluyentes; antes bien, son perfectamente conciliables y aún más: se complementan eficazmente. Su interpenetración es lo único que puede permitir al hombre el afianzamiento de su poder creador y el goce de sus beneficios. De lo contrario, su momentánea capacidad para adaptar a su favor las fuerzas de la naturaleza mediante el progreso técnico, se volverá —con el maquinismo— su más poderoso e implacable enemigo, al aprisionarlo en su complejo engranaje como una simple pieza.

El *progreso material* es sólo una faz de la *evolución*; benéfico, útil, no podríamos renegar ni desprendernos de sus conquistas, pero podría llegar a minar los cimientos de la civilización si no estuviera vivificado por un equivalente progreso espiritual. Es lo que ocurre con algunos tipos de cultura. Hasta hoy no ha logrado el hombre su total integración y esta insuficiencia se refleja en sus creaciones. Mientras algunas culturas evolucionan en sentido *ético-afectivo* y se nutren en el filón del sentimiento, otras se estructuran prevalentemente en dirección de la *inteligencia*. Ambas desarrollan, pues, aspectos parciales de la realidad, que solamente podrán completarse en una cultura que fusionara las partes en un todo armónico, lleno de plenitud.

El fenómeno de la interpenetración de culturas no puede producirse espontáneamente: es necesaria la creación del *clima*

propicio (capacidad receptiva, de asimilación, etc.), cierto grado de evolución.

La cultura es creación del hombre, único ser susceptible de educación. Se percibe de inmediato, entonces, que siendo la educación el vehículo que se utiliza para llegar a la ansiada meta, representa aquella un rol y debe cumplir una misión de máxima importancia.

¿De qué manera podrá alcanzar este propósito de tan superiores fines?

Propendiendo a la satisfacción de las necesidades sociales mediante soluciones ajustadas a las características e idiosincrasia de cada época, cuidando de mantener la armonía indispensable entre las fuerzas espirituales y supraindividuales.

Esto que hoy parece tan sencillo, es el resultado de un lento proceso evolutivo realizado en base a reiteradas experiencias, perfeccionadas a través del tiempo.

Remontándonos —en Occidente— a la antigüedad, hallamos formas de educación que, si bien aspiran al perfeccionamiento del hombre, están dirigidas a contemplar únicamente aspectos parciales de la actividad humana.

Prevalentemente *física* en Esparta, algo más *espiritual* en Atenas, eminentemente *práctica* en Roma, la educación se circunscribe nada más que a satisfacer las exigencias del modo de vivir dentro de los límites del Estado, al cual sirve y está supeditado el hombre. Este se estructura sometido a *tipos fijos*, de carácter *estático*, en los cuales el *medio* ejerce poderosa influencia.

En ese paganismo, el mundo circundante es todo; por eso el hombre ofrece un *conformismo pasivo*. Es *contemplativo* y su educación tiene carácter *ético-estético-práctico*.

Con el *Cristianismo* adviene la educación religioso-espiritual, que hace trascender el sentido de la vida del hombre al más allá. El mundo metafísico prevalece sobre el mundo natural. Por la difusión de la doctrina cristiana, el poder de *espíritu* se convierte en eje de la vida medieval

La *ética intelectualista* de los clásicos, es reemplazada por



el *sentimiento* cristiano. Al dogma del saber, sustituye el dogma de la fe. No interesa tanto el hombre como ser terrenal; más que nada se procura la preparación de su alma para una existencia ultraterrena. De ahí el carácter netamente *espiritual* de la educación en la *Edad Media*. El mundo circundante, que tanta influencia ejerce sobre los antiguos, no interesa tanto en la época medieval; los valores humanos existen prevalentemente en función de la vida eterna, es decir, supeditados a una jerarquía no terrenal. Esta concepción se impone basada en el principio de autoridad.

Por el contrario, en el *Renacimiento* el hombre retoma la búsqueda, en sí mismo, de la causa de su actuar y la explicación última de las cosas. "Comienza a sentir que no le basta la revelación para aclararle sus relaciones con el mundo; una vez más, el hombre se siente perdido en la selva bronca del universo, frente a la cual carece de orientación y mediador... El Renacimiento es la inquietud parturienta de una nueva confianza fundada en la razón físico-matemática, nueva mediadora entre el hombre y el mundo" (18). Es así como la razón proclama su autonomía y el hombre exalta su libertad espiritual. Inquieta los fenómenos del mundo en que vive, trata de resolverlos y de hallar la verdad por el camino que la ciencia le señala. Para ello acude a la observación directa; no acepta ya la verdad impuesta, la confronta. Se siente impulsado a la acción, con capacidad creadora y en condiciones de alcanzar la verdad. Aguza el ingenio, cultiva la mente, observa, experimenta, induce, deduce, construye, *crea*. Se va posesionando de los elementos externos y se siente dueño de sí mismo, se establece una corriente de dentro a fuera, es decir, que impone la espiritualidad al mundo circundante. Esencialmente dinámico, creador infatigable, el hombre va modificando al medio, creando su cultura. Pasa la época moderna. La ciencia informa sus investigaciones, la técnica avanza...

---

(18) ORTEGA Y GASSET, José, *Historia como sistema y del Imperio Romano*. Ed. Rev. de Occidente (Madrid, 1941), pág. 17.

y el mundo se convierte en una *vecindad*. De este modo, al hombre, poco a poco le va resultando estrecho el círculo de la familia primero, el de la nación después, y hoy precisa expandir sus ideas por los ámbitos del mundo. Y el orbe tiende a ser una *hermandad*. Y las instituciones y las organizaciones sociales pujan por salvar el límite de las fronteras, para alcanzar expresión universal. Las culturas se rozan y se alcanzan, como queriendo compenetrarse. Cada uno ofrece características peculiares, cada una brinda un aspecto interesante y fundamental para la vida humana.

Europa, intelectualista; Asia, contemplativa, sensible; Africa, intuitiva; América, fecunda armonía y equilibrada conjunción de fuerzas morales e intelectuales...

En su proximidad se rozan Oriente y Occidente, que no podrán destruirse ni absorberse, como afirman algunos filósofos; tendrán que integrarse —como asevera Northrop<sup>(19)</sup>— porque “cada una de estas culturas posee una cara de la verdad; son parcialmente ciertas y constituyen las dos notas últimas del ser”.

Decimos antes, que el hombre debe ser una armonía de inteligencia y espíritu, por eso nos parece acertada la posición del citado autor cuando sostiene que el “componente *estético-sensible-emocional* de Oriente —que es una cara de la verdad, dice— al sumarse a la otra mitad que es el componente teo-rético occidental, permitiría alcanzar la *civilización mundial* que se acerque más a la expresión íntegra de la verdad”, permitiendo la integración espiritual del hombre.

Afirmamos que está dentro de sus posibilidades hallar esta verdad. Para ello no basta estructurar en el orden internacional organizaciones e instituciones adecuadas a ese fin. Ya no es tampoco condición sine qua non para el logro eficaz de este objetivo, el que se posea verdadera capacidad dirigente; tampoco parece serlo el enorme caudal de poder

---

(19) NORTHROP, F. S. C., *El encuentro de Oriente y Occidente*, cit. por Masuh, Víctor *La integración de las culturas* en “La Nación”, Buenos Aires, 18 de febrero 1951, 2ª sec. pág. 1.

que confiere la ciencia. Hace falta la exaltación espiritual capaz de provocar el acercamiento amistoso y la deposición permanente del ánimo agresivo; encauzarse hacia una paz real y definitiva, cimentada en la *cooperación* surgida de la *confraternidad* universal.

¿Cómo obtener esta unidad?

Por medio del instrumento más poderoso de construcción que tiene el hombre: la *educación*.

Cuando nos referimos a ella, la concebimos en *sentido integral*, es decir, abarcando la totalidad de las aptitudes humanas.

“Cuando todas las naciones —dice Rubianes<sup>(20)</sup>— cambien la *ilustración intelectualista* en *educación integral*, que abraza lo ético, lo mental, lo biológico, económico, cívico, artístico y social, se habrá realizado una revolución pacífica de incalculables consecuencias”.

Para ello, tanto la acción educativa *directa, sistematizada*, como la *indirecta*, son eficaces.

La educación *indirecta o refleja*, es espontánea y surge en cada manifestación de la vida en sociedad; la radiotelefonía, el teatro, la televisión, la revista, el libro, etc., son vehículos poderosos de interacción e intercomunicación social, que cumplen una importante función educativa.

La educación *organizada, sistematizada o directa*, está estructurada conforme a un sistema de valores o categorías de valores —sobre las cuales hay o se pretende que puede haber acuerdo y aceptación general— ordenados y dirigidos deliberadamente al logro de un objetivo de orden cultural predefinido. Este sistema, de gran eficacia por su acción *formativa*, vigorosa y directa, sería de inapreciable valor para la estructuración de las bases comunes de una educación general con sentido y vigencia mundiales.

En esta época en que ideas y valores sufren tan hondas

---

(<sup>20</sup>) RUBIANES, Joaquín, *Educación integral*. Publ. Bibl. Pedagógica VI, Instituto Social, U. N. L., Santa Fe, 1940, pág. 142.

como rápidas mutaciones y la velocidad parece ser la expresión viva de la realidad, esta forma de educación nos parece la más adecuada y la que permitiría orientar con mayor seguridad al hombre actual, habilitándolo para adaptar su ritmo al de la época, propendiendo a la *formación* de su personalidad, modelada de tal suerte que marche acorde con las exigencias. En manera alguna ha de pretenderse alcanzar *uniformidad* intelectual o espiritual, que sería descender a maneras primitivas.

La estructuración o reestructuración social, ha de efectuarse sobre la base del desarrollo armónico de la personalidad y de ningún modo absorbiéndola.

La personalidad se conforma con el conjunto de caracteres psíquicos, intelectuales y morales, que permiten a los hombres diferenciarse los unos de los otros. Pero esto no constituye el todo de la personalidad. "Falta todavía —dice Sidney Schwab— un no sé qué que determina que cada individuo sea él y no otro. Es necesario añadir este perfume, este aroma cuyo análisis es difícil, esta emanación sutil y verdaderamente específica que se desprende de nosotros y que puede ser comparada al encanto y a la emoción que brota de una obra artística" (21).

La *diversidad* en la *unidad* es necesaria a la cultura.

---

No es utópica concepción ni infundada pretensión la nuestra. Entre los caracteres fundamentales, específicos, distintivos, que permiten considerar al hombre como el ser más evolucionado, destacamos (22) como elemento básico, su sistema nervioso complejo y estructuralmente diferenciado, con la organización superior del cerebro, que le da el raciocinio e inteligencia, erigiéndolo en la más perfecta realización del reino

---

(21) cit. por LHERMITTE, *op. cit.*, pág. 108.

(22) supra pág.

animal. Vimos cómo los mecanismos corticales llegan a dominar a los mecanismos autonómicos para servir a los cuales fueron desarrollándose (23). Mencionamos también, al referirnos al proceso evolutivo de las áreas cerebrales, la existencia de una *conciencia intelectual* objetiva, social, moral, que no sólo se superpone a la conciencia simplemente talámica, animal, instintiva, sino que la dirige, inhibe y estimula, actuando como control sobre ella. De este modo la conciencia intelectual se erige en centro del pensamiento lógico y sede del *impulso volitivo intencional* (24).

Los mecanismos corticales que realizan estas funciones, ofrecen tal flexibilidad, que se acomodan con facilidad prodigiosa a las presiones del medio especialmente psico-social. Por eso es que mediante el ejercicio y la educación, el cerebro adquiere mecanismos que le permiten alcanzar la *interpretación conceptual* de los hechos. Es así como los impulsos y los instintos, se reprimen y mediante sustitución o sublimación —voluntarias— se van *intelectualizando, socializando*. Surgen así los *valores* y se elaboran los *principios*. Unos y otros creados por el hombre y lanzados al medio, entran a formar parte de éste: posteriormente convertidos en estímulos, actúan a través de la zona cortical sobre la conducta.

El progresivo perfeccionamiento de las funciones corticales a base de ejercicios adecuados y una correcta organización de los estímulos, permitiría, pues, el condicionamiento *consciente, voluntario*, de las respuestas.

De esta manera, por medio de la educación —comprendida desde luego en sentido integral— el hombre puede, sin mucho esfuerzo, llegar a estructurar su conducta, organizándola en forma tal que sea dirigida, consciente, controlada. La flexibilidad de los mecanismos corticales, permite llegar, mediante la educación de tipo apropiado, a una *cerebralización progresiva de la conducta*, a su *intelectualización*. El hombre

---

(23) BERNARD, *op. cit.*, pág. 57.

(24) *supra* pág.

ha podido en el estado actual de su civilización, llegar a dirigir y condicionar su actividad conforme a valores *éticos, morales, sociales*. El hombre sabe que puede encauzar su conducta de tal modo que las necesidades sociales en su sentido más evolucionado, encuentren plena satisfacción, satisfacción que sólo puede alcanzarse en un clima de tranquilidad espiritual y permanencia de valores que únicamente puede asegurar un cordial entendimiento entre los pueblos.

En la época actual cambian el sentido y el ritmo de la vida. No hay tiempo que perder. Toda energía debe utilizarse.

¿Qué persigue el hombre desde que comenzó a peregrinar por estos valles? Un mínimo de felicidad. ¿Qué ha hecho a través de siglos y milenios sino correr tras ella, afanosamente?

¿Qué ha logrado? Estar a un paso de su ambición más cara; pero he aquí que al llegar a este punto el camino le reserva la sorpresa de una enrucijada: dos vías están abiertas a su paso. Hay que elegir y elegir bien, pues el acceso al trayecto recorrido se ha clausurado ya. El hombre no puede volver sobre sus pasos.

El progreso —que es hechura suya— se lo impide. Las conquistas no pueden renunciarse; hay que avanzar, en el sentido de *progresar*, que implica tanto como *crecer* <sup>(25)</sup>. De los dos caminos que se presentan al avance, uno es más atractivo, seduce, aparece fácil, accesible (tecnocracia, materialismo predominante; relegadas o abandonadas las normas éticas, las reglas morales, etc.). Atrae porque aparece, en este caso, como que elimina las dificultades y las luchas, porque exime de mayor esfuerzo dentro de este ordenamiento condicionado, donde se prescinde de los valores espirituales. Pero esto no es nada más que la *apariencia*, que induce a error; es que todos los halagos de la facilidad de vida llevan implícito y se conceden sólo al precio del cercenamiento de los atributos del espíritu. Recorrer esta senda sería buscar la destrucción, la desintegración y el aniquilamiento de la cultura. El

---

(25) ORTEGA Y GASSET, José, *op. cit.*, pág. 64.

otro camino se ofrece a nuestros ojos como un penoso sendero, sembrado de escollos, difícil en cuanto implica renuncia, sacrificio, control, valoraciones. Las dificultades que ofrece éste, se ven compensadas con creces al final de su recorrido, ya que conduce a obtener los únicos bienes que prevalentemente hacen la felicidad del hombre. La lucha es el crisol donde se temple el espíritu y se ejercita la fuerza creadora, donde se alcanza el más alto grado de perfección y armonía de las aptitudes. Este es el camino seguro, el que conduce a la ansiada meta. Sostenemos que no puede haber hesitación. Pero ese camino es escarpado y hay que saberlo escalar. De nada serviría la simple intención de hacerlo.

El panorama de los pueblos y del mundo nos hace pensar que precisamente ha llegado el momento crítico y, por lo mismo, oportuno, para tomar rumbo definitivo y accionar.

Para esto es necesario luchar sin desmayo y utilizar las energías sin desperdicio, con la máxima eficacia. La cooperación inspirada en el sentimiento solidario es el medio para lograrlo.

El hombre sabe —para eso tiene inteligencia— que no le queda otro recurso. Por eso tiende, decididamente, a utilizarlo. No otra cosa significa la preocupación, el interés y el lugar destacado que tiene actualmente el llamado constante a los pueblos y gobiernos en este aspecto mediante publicaciones, conferencias, congresos, etc. Esto prueba la trascendencia del problema cuya solución se ha convertido en la esperanza: el resultado únicamente puede alcanzarse mediante una acción conjunta de carácter internacional.

A este feliz entendimiento parecen haber llegado en la actualidad todos los países, cuando incluyen en sus programas, a la *educación* y a la *ciencia* como factores principales, como pilares insubstituíbles en la elaboración de los principios básicos para la estructuración de la paz no lograda.

Cuando en la Declaración de los Derechos del Hombre —en su artículo 26— se establece el *Derecho a la educación*, no se hace una simple enunciación *ideal* de aspiraciones. De-

cididamente se procura la *efectividad* de su realización, con indicación de los medios a utilizar. Cuando las Cartas Internacionales de estos últimos años, proclaman la educación como derecho y tienden a la efectividad de su ejercicio, no se detienen a considerar simplemente el aspecto *formal* de la cuestión, sino que van al fondo del problema. No propician simplemente la eliminación del analfabetismo; bregan por la acción *constructiva* de la educación. No es mera coincidencia —la reiteración lo afirma— que *educación* y *ciencia* marchan unidas en estas declaraciones. Deliberadamente se las enuncia en ese orden. Hay, pues, en la expresión de esas manifestaciones, la convicción de que la *educación, científicamente organizada*, es el estímulo, el remedio y el vehículo capaz de actuar con eficacia en la estructuración de la conducta. Por eso, la educación de la juventud constituye uno de los problemas fundamentales de nuestro tiempo. Testimonio de ello es el ritmo creciente en celebración de congresos y organizaciones institucionales realizadas en lo referente a *educación*. No se habla ya de *instrucción*, no interesa ya la simple adquisición de conocimientos, sino la educación *integral* del hombre en la plenitud de sus aptitudes, la armonía consigo mismo y con la sociedad. La armonía entre intelecto y espíritu por una parte y entre *persona* y *sociedad* por otra. De ahí el auge del intercambio cultural educativo, como medio de propender a un mayor acercamiento y compenetración entre los hombres de todos los pueblos.

De este modo, eliminando las barreras de la incompreensión, puede llegarse a la verdadera hermandad internacional.

El hombre así educado, es apto para la vida en una comunidad mundial. Ello no supone de ninguna manera el menoscabo del sentimiento nacional. Amor a la patria y amor a la humanidad no se excluyen; se complementan. El conocimiento de la realidad nacional aumenta las posibilidades de comprensión y entendimiento entre los pueblos. Más aún: “Los progresos intelectuales, técnicos y morales de los distintos pue-



blos, a través de las edades han llegado gradualmente a constituir un patrimonio común de la humanidad entera” (28).

Forzoso es admitir que estas ideas han dejado ya la etapa primera de la mera propaganda y de los ensayos un tanto tímidos para entrar decididamente en el terreno de las efectividades. Hoy por hoy, todos los pueblos del mundo lo comprenden y lo aceptan así; la divergencia —si así puede llamársele— de algunos que se mantienen un tanto alejados del centro de lucha o los otros que forman —por suerte— las ya raleadas filas de los remisos, indican que no es optimismo vano, ni una afirmación sin base suficiente cuando expresamos que el grueso de la población del mundo *quiere entenderse*. Esto es necesario para proseguir la marcha con menos temor y con doblada esperanza.

BEATRIZ F. DALURZO

---

(28) Diario “La Capital”, *Educación para la convivencia internacional*, Rosario, agosto 9/1952, pág. 4.

